

Un Orinoco fantasma

♦
JOSÉ BALZA

I

Al nacer toqué sus aguas con todo mi cuerpo. Apenas surgía el sol y, en la curiara, mi madre todavía no me esperaba. Fue atendida con eficacia y dulzura por papá, quien cortó el cordón umbilical con los dientes y gritó en seguida de alegría. La humedad de la sangre se disolvió por el agua: desde entonces nada hiriente, nada doloroso puede vencerme.

Quizá allí, sobre las aguas y en medio de la selva, mi padre susurró (u ordenó) el secreto. Yo debía cumplir su mandato (o esa súplica) aunque no hubiera entendido. "Busca las torres de luz, pero desconfía. Habrá peligro..." Eso creí descifrar años después.

II

Durante casi todo el año las aguas fulguran dulcemente como el cielo. Puedo tocar uno a uno los lejanos planetas. Índigo, cristal, ópalo. Mi casa, a pocos pasos del río, está rodeada por inmensas raíces sobre las cuales las ramas hacen su compás. No temo a las sólidas serpientes ni al toro bravo. Sé que a los cinco años estoy nadando: una masa de bronce se adapta a mis gestos. Una mujer, igualmente bronceada, con labios rojos, me cuida, lame el minúsculo sexo.

También llegan las tempestades que cortan aguas y bosques. Pero yo estaré inmóvil en la ribera salvaje durante nueve años. El vigor, hojas nacientes. Una madrugada mamá nos levanta a todos los hermanos: al amanecer papá debe huir. Se lo llevará el laberinto de caños. Y desde entonces observaré el otro lado del río, esperando un imposible regreso.

A la mañana siguiente vienen en una lancha airosa y rápida gentes de otro lugar. Alguna clase de autoridades. Mamá afronta la situación. Van colocando en sacos y cajas todas las cosas: muebles, los productos del pequeño negocio. Ignoro por qué me estremezco cuando la zarpa toma una vieja máquina de escribir que nunca he abierto. ¿Política, embargo legal? ¿Cuál fue la culpa de mi padre? Sólo mamá podría hablar con claridad.

III

Tengo nueve años y esa tarde, para sacudirme la tristeza, corro hacia el río. Gran nadador, vencedor de competencias contra la corriente de agosto, avanzo hacia lo remoto. Arriba, en el barranco, algunas personas se reúnen, excitadas porque los gansos de la maestra (la aldea tiene cuarenta habitantes) han escapado: nadan y vuelan sobre el río hacia el otro lado. Todos miran absortos y comentan.

¿Son las tres de la tarde? Yo, que sólo logré avanzar algunos pasos dentro del agua, porque la marea sube y el viento es fuerte, recibo el impacto de las olas. El viento es fuego. Pierdo el piso: un pozo enorme se abre bajo el cuerpo del río. Es el cantil, el río en su inesperada profundidad. Hago esfuerzos por flotar, por respirar. Pero la violencia del bronce líquido me golpea, domina. De pronto comprendo que voy a morir. Estoy bajo el corriental, soy arrastrado hacia afuera y hacia lo más hondo. ¿Tengo dos minutos sin respirar? Abro los ojos y la boca; un paraíso turbio me vapulea. Beberé todas las aguas. Dejo de luchar, aflojo el cuerpo, los brazos. Soy agua también.



7C

IV

Desperté horas después. Dijo mi tía: "Todo el mundo entretenido viendo los gansos. Y de repente vi los cabellitos entre las marejadas. Nadie me hacía caso. Pero lo salvamos".

Nunca olvidé el abrazo del río: su fusión conmigo. Lo había considerado como un aliado, algo capaz de ser sometido con astucia y eficacia. Ahora estaban claras las diferencias. Podía vencerme: con su furia, con su soledad, con su belleza y su voz milenaria, como sigue haciéndolo. Pero también estaba claro que yo le pertenecía: había nacido de él, a él volveré. Dediqué mi vida a rendirle tributo: a mirarlo, beberlo, soñarlo. Si sus aguas me habían dejado salir, ya nunca encontraría otro con quien luchar así, hasta la entrega. Mi enemigo más poderoso sería insignificante junto a él.

V

Vinieron a la vez los amores y mi huida. A los doce años las fugaces mujeres de siempre perdieron importancia: era el roce con las manos ásperas de Sergia, la mirada fija y algo hipnótica de Ana Victoria, lo que me preparaba para el deseo. Y un día llegada de otro lugar surgiría Marlene. Una diosa delgada, de ojos grises y el largo pelo peinado en cola de caballo. Su agilidad, su boca de rosa: todo me despreciaba. Inútilmente la abordé durante meses. Ni siquiera me

habló. Las otras muchachas no sabían de mi dolor, y calmaban al entregarse. Fueron complacientes y eternas. En la playa, mujeres de barro, moldeadas por mí, sustituían a Marlene. Los otros chicos, desnudos, acudían erectos para recibir el fogonazo de mi semen.

Por las noches el río susurraba. Yo comencé a tomar algún trago de ron, escondido. Y, desde las aguas, mil voces compartían ahora la historia de mi desdicha, como antes los granos de la felicidad y las vidas del río y aquellas que el río mismo había guardado: memorias plateadas de viajeros, de aventureros, de indígenas.

Escapé del territorio encantado en plena juventud. ¿Por qué? Tal vez para obedecer al río, que exige conocerlo todo. Quizá para comparar y así distinguir la singularidad.

VI

El río es la forma perfecta de la serenidad. Hacia ella convergieron todos los besos, los libros, la amistad. Hubo años de estudios, de trabajos, de oficinas, de poder: cada cuerpo y cada lugar elegidos llevaron mi mente y mis sentidos hacia fronteras no conocidas por otro. No rechacé ninguna posibilidad vital. He vivido para el fuego de los dioses, y la alegría me recompensa siempre. Amo esta ciudad febrilmente: por su verdor y su luz, por sus calles provincianas y su locura cosmopolita. También la ciudad me otorgó a Ximena, con su nombre en verso. El largo pelo negro, los ojos

oscuros, borraron la ceniza de Marlene. Un misterio sus muslos, lenta madera algodonosa. Esplendor magnético que me sostiene desde hace veintinueve años.

Pero tras todo esto, el color de "bronce azul" que descubre el poeta en el río vuelve a ser la forma perfecta de la felicidad.

VII

Durante cincuenta años recorrí otros ámbitos. Estaba un día en un museo de antigüedades modernísimo, cuando el azar me llevó a una vasta sala y a su colección de espejos. Los miré con atención y sorpresa. ¿Era ineludible que la gente hubiese querido observarse siempre?

En mi hotel, esa noche, soñé que un hombre se perdía dentro de un museo. Todo éste parecía hecho de espejos. Ante el infinito repetirse, quedó sin identidad y se lanzó contra ellos. Los espejos saltaron, borrándolo: estaban hechos de agua.

Terriblemente angustiado quería despertar. Volví a ver aquella vieja máquina de escribir que las autoridades arrebataron. Y escuché, descifré, en el fragor de los espejos que caían o dentro de las aguas, la voz de mi padre repitiendo claramente su secreta petición. Era él: su torso desapareciendo en el azogue, su enigmática huida. Alguien poderoso se vengaba de él. Había sido honesto y solitario, eso lo debilitó. Y ahora su petición era clara: cuando encontrara allá, en la ribera salvaje, las torres de luz, debía desconfiar. Pero mi padre —pensé— había estado alucinado: en la selva vital todo era agua y silencio. Las terribles torres no existirían jamás. Sin embargo él no me daba reposo: tenía que buscar y encontrar la amenaza.

De manera simultánea, las aguas se recogieron: eran un espejo vertical, que se elevaba sobre la comba del horizonte, como si el río ascendiera. Una curiara me lleva a Uracoa, hacia Angostura y los raudales de Atures.

Desperté: un fantasma de agua me rodeaba: el Orinoco inmenso, móvil, circulando dentro de mi memoria. Llamaba, y decidí volver a él para siempre.

VIII

Aquí estoy, con Ximena. Donde antes hubo árboles, barrancos y araguatos se imponen casas modernas, altos edificios. Antenas de radio y televisión, computadoras, bares, hoteles, tiendas. Las carreteras circundan la ciudad. Un mundo vibrante, colorido y desafiante. El gran puente. La ciudad sobre el río. Cordones de miseria y de opulencia. Las torres de luz bañando y quemando el paisaje.

El río bordea esta calle. Parece tramitar una feroz arremetida o bramar su derrota. Imperceptiblemente, a medida que pasan los días, siento cómo mi propia alma se deja fascinar por el confort y el encanto de la urbe. Sólo a ratos salta desde lo hondo un sentimiento de horror y de violencia. Pertenezco a un lenguaje secreto: ése que une y separa al río y la ciudad. "Desconfía. Vigila". ¿Qué soy junto a la masa saturada de actualidad?

Me asomo entonces a las aguas, busco un punto desierto del último barranco y trato de comprender ese otro mensaje: aquello que el río prepara dentro de sí, esa versión complementaria para el secreto de mi padre. ♦



TC